



*Romance
en la oficina*

LA FIESTA DE SAN VALENTÍN 1

NINA KLEIN

ROMANCE EN LA OFICINA

LA FIESTA DE SAN VALENTÍN - PARTE 1

NINA KLEIN

© 2019, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

Aviso importante

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Acerca de la autora

Otras historias de Nina Klein

AVISO IMPORTANTE

Atención: esta es una historia con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.

Solo para mayores de 18 años ;)

UNO

Normalmente no me gusta montar escenas, pero aquello era ridículo. ¿Quién se creía que era?

—Déjame pasar, Tim.

Mi compañero de oficina, por llamarle de alguna manera, me miró con una sonrisilla en la cara.

Estaba plantado en el vano de la puerta de la pequeña sala que utilizábamos para los descansos. Una máquina de café de cápsulas, un fregadero, una nevera enana donde la gente podía dejar su almuerzo, si quería. Una mesa barata con cuatro sillas, de las cuales tres cojeaban.

Un sitio para descansar la vista un rato del ordenador y beberse un café tranquila.

O eso pensaba yo hasta justo un momento antes.

Miré a Tim, el pelo escaseando en la coronilla, el traje azul de comercial que le quedaba una talla pequeño, los brazos cruzados sobre el pecho, bloqueando la salida con una absurda sonrisa de superioridad. No debía parecerle suficiente que le hubiese rechazado dos millones de veces. No entendía cómo no se daba por vencido. Igual no era suficiente con rechazarle una y otra vez. Igual tenía que deletreárselo. Despacio.

No sé qué se pensaba que era, la verdad.

Un playboy, o algo.

Por dios.

Iba a beberme un café tranquila sentada en la mesa mientras miraba el móvil, aprovechando que no había nadie, pero en cuanto le vi aparecer cambié de opinión.

Así que cogí mi taza con intención de llevármela a mi escritorio.

Si es que me dejaba pasar, claro está.

—Maya... —empezó a decir.

—¿Quítate de en medio, quieres? —dijo alguien de repente, de mal humor, desde fuera de la puerta—. Que se me va a pasar la hora del café

La dueña de la voz era Pati. No pude evitar sonreír. Asomé detrás de Tim, con su mechón fucsia en el flequillo y su mini estatura. Le llegaba a Tim por el hombro, pero eso no fue obstáculo para que mirase hacia arriba y le dijese con un tono de voz amenazante:

—Que te muevas.

Para mi sorpresa, Tim lo hizo. La miró con el ceño fruncido, luego me miró a mí, y se fue por donde había venido.

Seguramente estaba desconcertado y por eso se había dado por vencido tan fácilmente. Pati podía desconcertar a cualquiera, con su mechón rosa y su no andarse por las ramas.

—Dios, qué agonía de tipo —dijo mientras se lanzaba al pequeño frigorífico que había debajo del mostrador—. Como alguien se haya comido mi yogur griego con granola, me voy a cabrear —dijo, metiendo la cabeza dentro.

Dudaba mucho que nadie fuese a tocar un yogur con granola, sinceramente. Si se tratase de una Coca Cola o un sandwich con buena pinta, otro gallo cantaría. Ese tipo de cosas sí solían desaparecer.

De verdad, la gente no tenía respeto por las comidas ajenas.

Pati sacó su yogur, le arrancó el post-it que tenía puesto con su nombre y se sentó en una de las sillas cojas.

Empezó a comerse el yogur y me miró.

—¿Qué quería?

Encogí un hombro.

—Lo de siempre. “Quedar” —dije, poniendo énfasis para que se notasen las comillas habladas.

Levantó las cejas.

—¿Ahora lo llama así? —dijo, y se metió una cucharada de yogur en la boca.

Sonreí y me senté a la mesa. Ya no tenía que huir con mi café, de repente se estaba a gusto en la sala de descanso.

Entendía lo que quería decir sobre Tim. Tim La Comadreja, solíamos llamarle. Había tenido éxito al principio, con un par de despistadas que se habían tragado su cuento de “busco a alguien para sentar la cabeza” o “busco a

alguien que me entienda” (utilizaba los dos clichés indistintamente), y que además no sabían que estaba casado, pero a aquellas alturas todo el mundo le conocía, ya se había corrido la voz de que era una rata y ya nadie le tocaba ni con un palo.

EN ESE MOMENTO entraron por la puerta Bev y Fiona.

—Estábamos esperando a que se fuese Tim—dijo Bev, con su voz dulce y musical, mientras se sentaba. De repente se le iluminó la cara—. ¡Ja! Me ha tocado la silla buena.

Se refería a la única silla no coja.

Fiona se fue directamente a la máquina de café, supuse que para echarse el suyo y el de Bev.

Ya sabíamos lo que tomábamos todas, solíamos juntarnos a la hora del café, si coincidía que estábamos más o menos libres.

Bev, Beverly, era joven, unos 25 años, más o menos como Pati, pero bastante más inocente. Solía llevar el pelo rubio hiper planchado, liso a más no poder, con una diadema o simplemente la raya en medio, a veces con una coleta tirante, y era alta y delgada, como si fuese una modelo y se hubiese metido en el edificio de oficinas por error.

Fiona tenía treinta y seis y era la jefa del departamento. Pero no solo no se comportaba como tal cuando estábamos en los descansos o fuera del trabajo, sino que además era la mejor jefa que había tenido nunca.

Solía llevar unos trajes de chaqueta sobrios, que animaba con unos zapatos espectaculares que el resto de nosotras, pobres mortales, no nos podíamos permitir.

Se acercó a la mesa con dos cafés, uno para ella y otro para Bev.

—¿Qué vais a hacer por San Valentín? —preguntó Bev.

—¿Hay que hacer algo en especial? No es como si fuera año nuevo —dijo Fiona, un poco picada.

Fiona estaba divorciada desde hacía justo un año. Sabía la fecha porque había traído una tarta a la oficina la semana anterior.

Feliz primer divorsario, ponía en la tarta.

Como una cabra.

Desde entonces su exmarido se había vuelto a casar (con la mujer con la que se la estaba pegando, al parecer) e iba a tener un niño, pero a Fiona no parecía importarle en absoluto. Vivía su vida, era libre, estaba mejor que

nunca, sola, y no solo lo decía constantemente, sino que además era verdad, porque se notaba.

—Nosotros algo haremos, pero todavía no sé el qué. Charlie dice que es una sorpresa —Pati sonrió.

Con lo bruta que era, su prometido era un trozo de pan y además un trozo de pan superromántico. Pati era la persona menos romántica que había sobre la Tierra, pero le hacía gracia que Charlie lo fuese, así que le seguía la corriente.

La verdad es que se complementaban a la perfección.

—Maya... —empezó Bev de forma tentativa, mirándome, mientras Fiona le daba una patada por debajo de la mesa.

Maya era yo.

Suspiré. Era obvio que Bev iba a preguntarme a mí la siguiente, y era obvio también que se le había olvidado que ese año estaba sola, y Fiona se lo había recordado con la patada debajo de la mesa.

Hacía menos de un mes que había salido de una relación larguísima, diez años, prácticamente toda mi vida adulta, e incluso a veces a mí misma se me olvidaba que de repente estaba soltera.

Tampoco era que fuese a deprimirme, la verdad, porque nunca había hecho nada especial por San Valentín. Como no creíamos en esas cosas (o más bien Robert no creía, yo qué iba a hacer, no me había quedado más remedio que darle la razón), no lo habíamos celebrado nunca.

Así que los corazones, los anuncios, las tarjetas y los peluches me resbalaban, como si no fuera conmigo.

No habría estado mal un poco de romanticismo, tampoco, la verdad. Quizás esa era una de las cosas que habían hecho que la relación muriese de inercia y aburrimiento.

No me refiero solo a no celebrar San Valentín. También era no haber celebrado nunca nada: ni aniversarios, ni cenas románticas, ni nada de nada.

En fin.

Sí que lo echaba un poco de menos, la verdad. Aunque, ¿cómo podía echar de menos algo que no había tenido nunca?

A quien no echaba de menos era a Robert. Sinceramente, en lo único que notaba su ausencia era en que ahora tenía un montón de sitio más en el armario.

Me daba rabia los diez años desperdiciados, toda mi década de los veinte hasta los treinta, pero qué se le iba a hacer. Siempre he sido bastante práctica,

no me gusta regodearme en lo que ya no tiene arreglo.

Le pegué un sorbo al café.

—San Valentín y sin pareja... —dijo Bev con un mohín de disgusto, removiendo su café. Fiona la miró sorprendida.

—¿Qué pasa, estamos en 1950 y no me he enterado?

—Pero me da igual —siguió diciendo Bev, como si no la hubiera oído, y demostrando que no le daba igual en absoluto—. Yo paso de todo este año, estoy harta. No me voy a pasar los próximos días corriendo de un lado a otro como pollo sin cabeza solo para conseguir una cita para pasar con alguien San Valentín. Me voy a apuntar a *zumba*. ¿Alguien se anima?

Sonaron tres “noes” a la vez.

—¿Entonces este año no vas a enviarte flores a ti misma como el año pasado? —preguntó Pati, con una sonrisa.

La pobre Bev hizo un puchero. De verdad, podían dejar de recordárselo alguna vez.

—La culpa no la tiene ella, la tiene la sociedad y sus absurdas expectativas, poniendo sobre nuestros hombros cargas inconcebibles —dijo Fiona.

Pati enterró la cabeza entre los brazos, sobre la mesa, y fingió un ronquido.

En ese momento Marissa, de Marketing, entró como una exhalación en la sala de descanso.

—¡Chicas! A que no sabéis de lo que me acabo de enterar...

Miró alrededor y al ver que no tenía silla libre se sentó encima del mostrador.

—¿De qué? —preguntó Pati, rebañando su yogur con desinterés.

—¡Una fiesta de San Valentín!

Nos quedamos las cuatro paradas, petrificadas, mirando a Marissa. No se nos oía desde fuera, ¿verdad? ¿Cómo sabía de qué estábamos hablando?

Esperaba que fuese una casualidad...

Fiona carraspeó.

—¿A qué te refieres?

—Recursos Humanos ha decidido dar una fiesta, como en Navidad, pero de San Valentín, para animar a la gente... —frunció el ceño—. Yo creo que más que el romance y consolar a los que están solos, han tenido en cuenta que ha pasado ya más de un mes desde Navidades, estamos en mitad del invierno y la gente está gris y encogida. Necesitamos reavivarnos un poco.

—¿Y no se les ocurre otra cosa que dar una fiesta con corazones?

Dijo Pati, y eso era verdad. Era un poco —bastante—triste. Y en cuanto a animar a la gente... a lo mejor, pero solo a lo mejor, servía para recordarles que estaban solos en la vida y que no tenían nada mejor que hacer que estar en una fiesta de la oficina en San Valentín.

Llámame loca.

—¡Globos en forma de corazón! —Marissa se bajó del mostrador de un salto—. ¡Gracias! Es una idea buenísima. Me han dicho que si puedo encargarme de la preparación, y por supuesto he dicho que sí.

—Por supuesto —dijo Fiona con sarcasmo, que le pasó totalmente por encima a Marissa.

Estaba pensando lo mismo que todas: y encima lo harás gratis. Pobre infeliz.

—¡Es fantástico! —dijo, ilusionada.

—¿Qué día es la fiesta? —preguntó Pati, estrujando su vaso de yogur vacío.

—El día 14 por la tarde, que cae en viernes.

Encima el mismo día de San Valentín. Eran unos genios.

—¿Y si tenemos planes? Es San Valentín, al fin y al cabo. Algunas tenemos una vida.

Marissa se quedó mirando a Pati y a su mechón de pelo rosa, como si le costase asumir que tenía algo mejor que hacer el día de San Valentín que quedarse a la patética fiesta de la oficina.

—Si tienes planes no tienes por qué quedarte, por supuesto —concedió por fin, con el ceño fruncido.

Luego nos miró al resto.

—¿Y vosotras? —preguntó mientras se le iluminaba la cara.

Miré a mis compañeras. Todas estábamos pensando lo mismo. Patética fiesta de oficina para gente soltera, desperejada o emparejada desde hacía tanto tiempo que ya no celebraban absolutamente nada.

Gente recién divorciada llorando encima de las mesas.

Pero por otra parte, viernes por la tarde. Y la fiesta era en la oficina. No era como si tuviéramos que movernos, o hacer algún esfuerzo...

Y al fin y al cabo, tampoco teníamos nada mejor que hacer. No teníamos planes.

Además, bebida gratis.

—Por supuesto —dijo Fiona—. Estamos emocionadas. Encantadas de asistir. No hay cosa que me apetezca más.

—¡Yupi! —Marissa juntó la manos y desapareció, prácticamente dando saltitos.

—A veces me pregunto —dijo Pati, lanzando y encestando a la primera el vaso de yogur hecho un gurrño en la papelera de la esquina— si esto es una oficina o un instituto...

NOS QUEDAMOS en silencio unos segundos, mirándonos.

—Una fiesta de San Valentín en la oficina. Dios mío, esa puede ser la peor idea que nadie haya tenido nunca —dijo Fiona.

A Pati le dio la risa.

—¿Tú crees? —preguntó Bev, tan cándida como siempre.

—A ver: junta el trabajo, la oficina, con estar solo en San Valentín. ¿Puede haber algo peor?

—Peor no lo sé —me terminé el café de un trago. Ya estaba medio frío—. Pero más patético, imposible.

—No sé, a mí me parece una idea curiosa —dijo Bev, incapaz de ver lo malo de la gente y de las situaciones.

—Joder, cómo me alegro de tener planes —concluyó Pati.

DOS

El viernes por la tarde, después de comer, apenas se trabajó, estando como estaba todo el mundo en un ambiente festivo.

Al final resultó que los de Recursos Humanos tenían razón: a pesar de lo que pudiéramos pensar, a la gente le había encantado la idea de la fiesta.

Aunque seguramente fuese por la falta de planes y la bebida gratis.

La gente se había emocionado tanto que incluso habían organizado un amigo invisible, con un límite de cinco dólares para el regalo.

Amigo invisible en San Valentín. Si se podía caer más bajo, la verdad no sé cómo.

Habían decidido hacer la fiesta en nuestra planta. Menos mal que los desparejados no éramos tantos, porque si no no sé cómo iban a meter a toda la gente que trabajaba en las oficinas allí.

“Las oficinas” era un decir: *Holland Enterprises* ocupaba cuatro de las veinte plantas del edificio. Las cuatro últimas, para ser exactos, de la 17 a la 20.

Nosotras estábamos en la 17 porque éramos casi las últimas en el rango del escalafón, los departamentos menos importantes.

Según el ascensor iba subiendo, el rango también, hasta llegar a la planta 20, donde estaban los jefazos. Las vistas eran espectaculares, o eso decían los privilegiados que habían puesto un pie arriba (yo no era una de ellos, evidentemente).

Era afortunado que la fiesta de San Valentín se celebrase en nuestra planta: no habíamos tenido que movernos en absoluto. Había sido acabar la jornada y empezar a apartar mesas para hacer sitio. Alguien había puesto música. Otros

habían empezado con la decoración, bajo la atenta mirada de Marissa de Marketing.

Por supuesto, la única razón por la que se celebraba en nuestra planta es porque era la más cutre y donde menos jefazos había, quitando a los jefes de departamento, Fiona y cuatro más. El resto de la planta no eran más que mesas en una explanada de moqueta verde hospital y luces fluorescentes. Si se derramaba vino o lo que fuese encima de la moqueta o las mesas, eran nuestras mesas. Y nuestra moqueta.

Cuando terminó la media hora que habían tardado en prepararlo todo, observamos el resultado final.

Era tan malo como habíamos imaginado: mesas plegables con vasos de plástico y botellas de vino, globos de corazón, otra mesa plegable con los regalos del amigo invisible con unos post-its con el nombre del destinatario... *buf.*

FUIMOS al baño a refrescarnos un poco antes de la fiesta, a ver si éramos capaces de quitarnos de encima el color gris que te deja encima ocho horas de oficina.

Menos Pati, que había salido pitando en cuanto habían dado las cinco y media. No había querido quedarse ni cinco minutos.

Comprensible, por otra parte.

—Esto es patético, la única razón por la que estoy aquí en vez de tirada en casa en el sofá o en cualquier bar intentando pillar cacho es porque hay vino gratis, y he oído que es bueno —Fiona nos miró desde el espejo en el que estaba reflejada, con el pintalabios a medio dar, y subió y bajó las cejas un par de veces—. Vino gratis, chicas.

—No creo que ponerse a beber sea una buena idea, la verdad —murmuró Bev casi para sí misma, mientras se alisaba la blusa delante del espejo y se rehacía la coleta tirante que llevaba ese día.

Probablemente tuviese razón. Todavía había algunos episodios de la cena de Navidad que nadie en la oficina había podido olvidar. Por ejemplo a Paul, de entrada de datos, bailando encima de una mesa con la corbata en la cabeza.

Ugh.

Quizás Bev tuviese razón y la bebida gratis no fuese tan buena idea.

—Alerta baboso —dije, mientras me cepillaba el pelo—. He visto a Tim La Comadreja merodeando, justo cuando entrábamos al baño.

Emitimos un gemido colectivo.

—Joder, ¿no debería estar aunque sea hoy con su mujer? ¿O le ha echado de casa ya? —dijo Fiona.

Me encogí de hombros.

—No sería la primera vez...

—Otra razón más para no beber —concluyó Bev, terminando su coleta tirante.

Suspiré.

Tenía razón.

Decidí que iba a quedarme un cuarto de hora o media hora, como mucho, para no parecer una paria, y luego me iría discretamente sin que nadie se diese cuenta.

TRES

—*Y* entonces le dijo —me incliné hacia el pobre tipo con el vaso de plástico en la mano— ¡los papeles! Y el otro dijo, tijera, ¡yo gano!

Empecé a reírme de mi propio chiste, sin poder parar (aunque no estaba segura de haberlo contado bien, igual me había dejado una parte), y Charles, de contabilidad, con quien estaba hablando, dio un paso atrás.

—*Hum*, creo que me llaman... en alguna parte...

Se fue medio corriendo.

Miré mi vaso. ¡Vacío! ¿Cómo había podido pasar?

En la mano que sujetaba el vaso, en el dedo anular, tenía un anillo de plástico gigante con una piedra roja en forma de corazón.

Mi regalo del amigo invisible.

Estaba mirando mi vaso vacío, fijamente, como si contuviese el secreto del mundo, cuando me di la vuelta de repente para ir en busca de más vino y me choqué contra algo.

Un muro de ladrillos, fue lo primero que pensé. Me acababa de chocar contra una pared.

Parpadeé. Vale, no era una pared ni un muro. A no ser que la pared llevase un traje negro con una camisa gris oscura y una corbata también negra.

Y que además tuviese manos que me estuvieran sujetando los antebrazos.

Mi vaso de plástico había quedado espachurrado entre nuestros cuerpos, y me alegré infinitamente de que estuviese vacío.

—Espero que ese vaso esté vacío —dijo el poseedor del traje, la camisa y la corbata, con una voz helada, casi como si me estuviese leyendo el

pensamiento—. O la factura de la tintorería va a ser brutal.

Me tragué la disculpa que tenía preparada en la punta de la lengua.

Levanté una ceja para contestar como se merecía, pero al levantar la vista —y tuve que levantar *mucho* la vista— las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Mmmm.

No, no era un muro de ladrillos ni una pared... pero casi.

Era un ser humano. Un ser humano masculino, para más señas. Un ser humano masculino cuyos pectorales podían confundirse con un muro de ladrillos.

Seguí mirando hacia arriba: piel dorada que asomaba por encima de la corbata, cuello musculado... ¿cómo podía tener alguien el cuello atractivo? Nunca me había fijado en los cuellos de las personas, pero solo supe que tenía que contenerme para no lamerle justo por encima de la corbata, donde le latía el pulso... Una mandíbula cuadrada, que parecía estar tallada en granito, afeitada, sin rastro de barba, ni de dos días ni de medio...

Seguí subiendo la mirada para encontrarme con una boca de labios carnosos, el inferior un poco más grueso que el superior, totalmente mordible.

Los ojos, rodeados de pestañas largas y negras, eran del color del chocolate caliente, chocolate con leche, chocolate derramándose sobre un cuerpo desnudo para lamer...

Me di cuenta de repente de que los ojos que tanto estaba admirando me miraban como si fuese un insecto, o un chicle que se le acabase de pegar en la suela del zapato.

Entonces recordé su *espero que ese vaso esté vacío*, y desperté de mi ensoñación.

Tuve que dar un paso atrás para poner al menos un centímetro de distancia entre nosotros, porque con la cercanía no podía ni pensar.

Luego carraspeé para aclararme la garganta.

—Está vacío —dije, lo más chungamente que pude. Me iba a disculpar por el tropiezo, que habría sido lo correcto, pero no me había gustado ni un pelo su tono de voz ni su actitud.

No señor.

Aunque no ayudaba que me siguiese mirando con aquellos ojos, aunque fuese con desprecio. Como tampoco ayudaba que fuese uno de los ejemplares de sexo masculino más apetecibles que me había encontrado en mucho, mucho —*mucho*— tiempo, y uno de los hombres más atractivos que había visto fuera

de las páginas de una revista o de la pantalla del ordenador.

El pelo era de color castaño claro, casi miel, y lo llevaba corto en las sienes, algo más largo en la coronilla.

La piel dorada me intrigaba: el tipo tenía un color saludable, como si estuviese bronceado. Nadie puede estar bronceado en febrero, es ilegal. Y además no era un color cutre naranja de rayos UVA, parecía un bronceado de haber pasado las navidades en algún lugar caluroso y tropical.

—El vaso. Está vacío —repetí, más que nada para mí misma, porque había perdido totalmente el hilo de mis pensamientos—. De hecho, justo ahora iba en busca de las bebidas para rellenarlo... —dije, mirando a mi alrededor, intentando localizar las botellas de vino.

Me miró frunciendo el ceño.

Era guapo hasta mirándome con desprecio y frunciendo el ceño.

Suspiré. Lástima de primera impresión.

Definitivamente, no era mi noche de suerte. Tenía que encontrar el vino cuanto antes.

—¿No crees que ya has bebido suficiente? —me dijo el tipo.

Oh dios, y la voz... la voz. Grave, profunda, como si se deslizase sobre mi piel y me envolviese como el terciopelo...

Parpadeé dos veces.

Céntrate, Maya.

¿Que ya había bebido suficiente? ¿*Perdona*? Me pregunté si le había oído bien, si mis orejas seguían funcionando...

Un tipo al que no conocía de nada, sermoneándome.

Di otro paso atrás, para separarme un poco más de su campo de fuerza.

—¿Perdón? —dije, toda indignada.

Me miró de arriba a abajo, quizás hasta más serio que antes.

—Esta no es la imagen que queremos dar de Holland Enterprises.

Perdone usted, Don "tengo-un-palo-metido-en-el-culo", pensé.

No estábamos en una junta de accionistas, era una fiesta informal... tampoco había que ser tan rancio.

Afortunadamente, mi instinto de supervivencia hizo acto de presencia y no dije nada de palos metidos en el culo de nadie.

No sé quién era el tipo, no le había visto en mi vida o me acordaría, de eso estaba segura: no tenía ni una cara ni un cuerpo fáciles de olvidar... Seguramente sería alguno de los estirados de las plantas de arriba.

Se creían que podían bajar a la 17, con sus trajes a medida y sus aires, a

beberse nuestro vino y mirarnos por encima del hombro.

Me acerqué ligeramente a él para hablarle.

Me gustaría decir que me incliné sobre él, pero era altísimo. No podría inclinarme sobre él ni aunque estuviese sentado.

—Tú no mandas en mí —le dije, muy digna.

Sonrió por primera vez desde que me había tropezado con él, una sonrisa leve, ligera, apenas levantando la comisura de los labios, pero me quedé transfigurada mirándole.

—De hecho, sí —dijo—. ¿Sabes quién soy?

Ja, el famoso “usted no sabe con quién está hablando...”

—¿Tendría que saberlo? —dije, levantando una ceja, que con todo lo que había bebido no era un gesto que me resultase fácil.

Entonces me di cuenta de que detrás del tipo estaba Fiona, haciéndome gestos desesperados. No supe muy bien lo que quería decirme, parecía que estaba haciendo el gesto de fumar un puro y quitarse un sombrero... como si estuviese jugando a las películas.

—Sí. En realidad, sí.

Volví a mirar al tipo.

—¿Ah sí? ¿Y quién eres, si se puede saber?

Fiona había dejado de hacer gestos desesperados y se había puesto la mano en la cara, mientras meneaba la cabeza a uno y otro lado.

—Soy Bruce. Bruce Holland.

CUATRO

*J*oder, joder, joder.
Joder.
Tragué saliva.

Me quedé blanca, y luego me puse roja, y luego me volví a quedar blanca. No me habría impresionado más si hubiese dicho *me llamo Bond, James Bond...*

UN POCO DE HISTORIA, para que nos situemos y que mi metedura de pata sea admirada en toda su dimensión:

Unos tres meses atrás, más o menos, la empresa donde trabajo había cambiado de manos. Ante el pánico general, no habían despedido a nadie ni hecho ninguna reestructuración, solo habían cambiado el nombre a *Holland Enterprises*.

Porque el nuevo dueño se llamaba Bruce. Bruce Holland.

No conocía al nuevo jefe, ¿por qué iba a hacerlo? Yo no era más que un peón en la planta 17. Imposible que conociese a alguien que debía tener el despacho más grande de la planta 20.

Había dos plantas entre nosotros. Un mundo entero.

¿Por qué iba a conocerle? No tenía sentido... no era culpa mía *no saber con quién estaba hablando*.

Sí que había oído cosas de él, ciertos rumores... Que era uno de los solteros más codiciados de Boston, y el nombre susurrado de algunas de sus conquistas... pero nada más. Nadie me había avisado de la pinta que tenía.

Aunque si me lo hubieran dicho, tampoco me habría hecho a la idea.
El efecto del alcohol en sangre se evaporó de repente como por arte de magia.

—Encantada... *errrr*... ¿señor? Mr. Holland.

Le tendí la mano, estúpidamente.

Miró mi mano extendida y levantó las cejas. Por su expresión, no podía saber si estaba sorprendido, horrorizado, enfadado o todo a la vez.

O ninguna de aquellas cosas. No parecía la persona más expresiva del mundo.

Al final, como si le costase un mundo, extendió su mano y estrechó la mía.

Había sido breve, pero era un buen apretón de manos. Nada de dejar la mano muerta o tipo pez.

—¿Y tú eres...? —preguntó.

Moví los ojos a izquierda y derecha, y por un instante contemplé la posibilidad de salir corriendo, como una loca. *No sabe cómo me llamo*, pensé absurdamente, *no me puede despedir ni me lo puede tener en cuenta...*

Pero suspiré y descarté la idea. Sabía cómo era mi cara. Con preguntar, o sacar la base de datos de la empresa, ya sabría quién era. No serviría de nada.

¡Qué mierda!

—Maya —dije, y luego especificué—, Maya de entrada de datos.

Nuestro departamento era como nuestro apellido: Marissa de Marketing, Maya de entrada de datos, Charles de contabilidad.

Era la forma más sencilla de identificarnos.

De repente entendí los gestos de Fiona, que ya se había alejado, moviendo la cabeza, como si no tuviese remedio: *jefe*.

Por qué había elegido para ilustrar el concepto *jefe* un puro y un sombrero, como si fuese el muñeco del Monopoly, no lo podía entender.

No era un jefe ni un jefecillo, tampoco. Era el jefe supremo. El jefe-jefe.

El Bruce Holland de *Holland Enterprises*.

Dios, ya podía empezar a actualizar el currículum en cuanto llegase a casa...

DESPUÉS DEL BREVE apretón de manos y de darle mi nombre, no supe qué hacer. Me imaginé que después de mirarme con el ceño fruncido un poco más se daría por vencido y seguiría circulando, pero no parecía que fuese a moverse de donde estaba.

Yo, por mi parte, tampoco iba a hacerlo: ir a por más bebida había quedado totalmente descartado. Bev tenía razón: beber más de la cuenta en una fiesta de la oficina era una muy, muy muy mala idea, y yo era la prueba andante de ello.

Así que me apoyé en el escritorio que tenía detrás, el vaso de plástico vacío y espachurrado en la mano, esperando a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Tampoco quería que Mr. Holland se fuese, por otra parte. Probablemente no tuviese muy buena idea de mí, la primera impresión había sido nefasta, pero era una visión caída del cielo. Todavía no había terminado de escrutarlo, necesitaba unos minutos más para guardar la foto en mi cerebro y poder utilizarla en mis fantasías futuras.

Se apoyó en el escritorio, a mi lado, y aguanté la respiración.

Cerca, demasiado cerca. Irradiaba calor, como si fuera un campo magnético.

Céntrate, Maya, no hagas ni digas ninguna estupidez.

Me concentré en ello. No era nada fácil.

Le miré de reojo y pude fijarme mejor en el traje: era a medida, eso estaba claro, tenía que serlo, para acomodar los hombros anchos y la cintura estrecha... la calidad de la tela también podía apreciarse a simple vista.

El corte de pelo también era perfecto, de los que costaban más que toda la ropa que yo llevaba puesta.

Se me secó la boca de repente. Empecé a pensar en alguna estrategia para poder acercarme a la mesa de las bebidas sin parecer una borrachuza.

A todo esto, ¿qué hacía Mr. Holland allí, en una patética fiesta de oficina? Una noche como aquella... estaba segura de que tenía que quitarse a las mujeres de encima. No era como si no pudiese conseguir una cita, o una docena.

Y no cualquier cita: modelos de lencería, modelos en general. Actrices famosas. Se rumoreaba que salía con una de ellas.

Aunque se rumoreaban muchas cosas. No todas tenían por qué ser ciertas.

Dios, necesitaba beber *algo*, cualquier cosa, algo con lo que entretenerme, o iba a empezar a hablar descontroladamente

—Perdona por lo de antes, estaba irritado por otra cosa y lo he pagado contigo —dijo de repente.

Me quedé mirándole con los ojos como platos.

¿Una disculpa? ¿Del jefe-jefe?

Eso sí, lo había dicho casi mecánicamente, sin mirarme, mirando al infinito, como si le hubiese costado un mundo... pero me había impresionado igual.

—Da igual, ha sido culpa mía, no miraba por dónde iba —dije, medio murmurando.

De repente me miró directamente, y estuve a punto de caerme al suelo de la impresión.

No era solo el color de los ojos, era... no sé. La forma de mirar.

Empezó a picarme el escote, y me rasqué inconscientemente. Vi cómo sus ojos se dirigían allí, una milésima de segundo.

Seguramente me lo habría imaginado.

—¿Qué estabas tomando? ¿Puedo traerte otro?

—*Hum...* —miré mi vaso de plástico vacío, que seguía espachurrado en mi mano. Estiré el brazo para tirarlo a una papelera cercana, no me hizo falta casi ni moverme—. Vino. Gracias.

La verdad es que no había mucho más para beber, vino y cerveza. Quizás debería haberme pasado a la cerveza.

Tarde, porque Mr. Holland se alejaba ya en dirección a la mesa de las bebidas.

Le miré mientras se alejaba, y pude comprobar que el traje le quedaba igual de bien por detrás que por delante...

Dios.

Le vi llenar dos vasos de plástico. Se quedó mirando la etiqueta de la botella unos segundos, y luego cogió los vasos, uno en cada mano, y se dio la vuelta para dirigirse hacia mí.

Suspiré, sin poder evitarlo.

El traje era negro, la camisa gris, y yo me había enamorado a primera vista de un tipo que no podía estar más fuera de mi alcance que si fuese Hugh Jackman.

Bueno, enamorarme... digamos que estaba teniendo una reacción que mezclaba el vino y la cercanía del muro de ladrillos. Digamos que era cierta atracción. Atracción a primera vista.

Mejor dejaba de divagar y me centraba en salvar mi imagen. O lo que quedaba de ella.

LE MIRÉ mientras se acercaba y me dio la sensación de que me estaba mirando

las piernas. Solo fue un momento, enseguida su mirada subió hacia arriba. Quizás solo había sido mi imaginación.

No es que me hubiese preparado especialmente para la fiesta, teniendo en cuenta que era un día de oficina. Llevaba un vestido negro, sencillo, con manga al codo, bastante conservador, que me había servido para trabajar con un fular al cuello, para tapar el escote. Me había quitado el fular después de trabajar y me había soltado el pelo, que me caía en ondas sobre los hombros. También me había remaquillado un poco en el baño, pero mi pintalabios se había quedado en sucesivos vasos de plástico... sabía que tenía unas buenas piernas, era la parte de mí que más me gustaba, pero sinceramente, con aquel vestido hasta la rodilla tampoco se me veían mucho.

Luego miré hacia abajo y me di cuenta que, al estar apoyada en la mesa, la falda se me había subido hasta casi medio muslo, y se veía un poco uno de los elásticos de encaje con los que sujetaba las medias —odiaba los pantis— .

Estupendo, lo que me faltaba. Borrachuza y medio enseñándolo todo.

Resistí la tentación de tirar de la falda hacia abajo —Mr. Holland seguía avanzando hacia mí y se habría dado cuenta del gesto— pero intenté moverme un poco, disimuladamente, para recolocarme la ropa. No supe si lo había conseguido, porque justo en ese momento llegó hasta mí y me tendió uno de los vasos de plástico.

Volvió a apoyarse a mi lado.

Di un sorbo a mi vaso, sin saber muy bien qué decir. Siempre he tenido que tener cuidado cuando hay silencios a mi alrededor, porque tiendo a llenarlos con chorradas, sobre todo cuando estoy nerviosa.

CINCO

— ¿Qué te parece la fiesta? —preguntó, y eso me salvó de hablar.
Suspiré.

Podría mentir. Podría disimular. Podría muchas cosas, pero la verdad, ya de perdidos al río... así que decidí ser sincera.

O seguir siendo sincera, más bien.

—No sé a quién se le ha podido ocurrir, la verdad... es la peor idea del mundo.

Se revolvió, incómodo. Parecía ligeramente molesto.

—No sé, es un buen momento para confraternizar... —dijo—. Conocer al resto de la oficina, que la gente que no tiene pareja no se quede sola el día de San Valentín...

Hice un arco con el vaso, señalando a la fiesta, la gente que bailaba en medio de las sillas que habían apartado.

—¿Qué hay de malo en estar solo el día de San Valentín? Como si estar soltero fuese una enfermedad... lo único que está haciendo esta fiesta es recordándonos lo patéticos que somos —levanté el vaso de plástico— con vino barato. Y globos en forma de corazón. ¿Qué podría salir mal?

El hombre se rascó la nuca por debajo del cuello de la camisa. Como si estuviera avergonzado, o algo.

—La intención era buena. El resultado... —miró a su alrededor, y torció el gesto— igual no tanto. Y el presupuesto tendría que haber sido un poco más alto, quizás.

Le miré de reojo, una sospecha crepitando en mi mente.

—¿Ha sido idea tuya, verdad?

Me miró y se encogió de hombros.

—Solo hace tres meses que compré la empresa. Me pareció que era una buena idea... para mezclarse.

Intenté aguantarme la risa.

Tenía que dejar de beber, pero ya. Reírse del jefe-jefe no creo que fuese buena idea en ninguna situación, por muy relajada que fuese.

—Un consejo, para la próxima vez —si es que hay próxima vez, pensé, pero por una vez logré contener mi diarrea verbal—: es mejor no dejar la organización en manos de Marissa, de marketing. Por mucho que se ofrezca voluntaria.

Mr. Holland suspiró.

—Sí, de eso ya me había dado cuenta.

—Mr. Holland... —dije, tentativamente, dispuesta a despejar una duda que tenía desde antes.

—Bruce.

—¿Qué? —dije, girando la cabeza para mirarle.

—Puedes llamarme Bruce.

¿Estaba loca, o me estaba mirando los labios? Justo en ese momento subió la mirada a mis ojos y sonrió.

Oh dios, *dios*.

—¡No puedo llamarte Bruce! —dije, en un tono de voz demasiado alto, debido al alcohol y a que me estaba poniendo nerviosa.

Miré a mi alrededor, por si alguien me había oído, pero la gente estaba a lo suyo.

—Cuando no estemos solos, no. Pero ahora estamos solos —volvió a sonreír otra vez, el maldito—, así que llámame Bruce.

¿Estaba flirteando? No. No creía... no, imposible. Era mi imaginación, fijo.

—Vale. *Bruce* —tomé aire, y otro sorbo de vino. No solo estaba charlando con el jefe supremo, sino que allí estaba, llamándole por su nombre de pila... otra cosa no, pero al menos el lunes a la hora del café tendría algo interesante que contar. Si sobrevivía a aquella fiesta—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

Era la duda que llevaba asaltándome desde que me había tropezado —literalmente— con él.

—¿Qué haces aquí? Quiero decir, es San Valentín... aunque no lo fuese, es viernes por la noche. No me creo que no tengas otros planes.

Suspiró.

—Mi amigo (y vicepresidente), John, me dijo que tenía que socializar.

Dijo *socializar* como si fuera algo desagradable, como otra gente dice “ir al dentista”.

Seguí la dirección de su mirada y vi a un hombre atractivo, alto, pelo castaño oscuro, hablando con Bev.

Hum.

¿Eran todos los hombres de las plantas de arriba modelos? Porque si esos dos eran una muestra, tendría que buscar excusas para pasarme por allí más a menudo...

—No eres una persona sociable —dije.

—No mucho —bebió un sorbo del vaso de vino—. No. En absoluto —matizó. Luego se quedó mirando el vaso del que acababa de beber—. Dios, esto está malísimo.

Sonreí.

Luego miró la fiesta, la poca gente que quedaba bailando con una música de los noventa más que cuestionable —quien la había elegido era un genio—, algunos con sus regalos del amigo invisible encima, collares de flores, diademas y otras cosas innombrables que parecían más adecuadas para una despedida de soltero. O soltera.

—Joder, tienes razón. Esto es un puto desastre.

Di un respingo, sin poder evitarlo. No era solo el jurar, que me había pillado desprevenida: también la facilidad con la que Bruce había admitido estar equivocado.

No se veía mucho. Y menos en los jefazos.

—Tampoco es que importe mucho—dije, para quitarle hierro. Me miró y encogí un hombro—. La mayoría de la gente será incapaz de recordar nada más que la resaca. Y todo evento que deja una resaca, es un éxito.

Sonrió ampliamente, mostrando una dentadura blanca, por primera vez desde que había llegado. La sonrisa le iluminó la cara, y si antes me había parecido atractivo, ahora me parecía espectacular... pequeñas arrugas se formaron en el borde de los ojos, que de repente se volvieron más cálidos.

—¿Es una filosofía de vida, o se te acaba de ocurrir?

Me había quedado mirando cómo su boca formaba la sonrisa, y al cabo de unos segundos levanté los ojos hacia los suyos, y dije:

—¿Eh?

Se dio cuenta de que no le estaba escuchando, hipnotizada con su boca como estaba, y la sonrisa se hizo todavía más ancha.

Luego volvió a mirar su vaso de plástico y dijo:

—¿No hay nada mejor que esto para beber?

—Cerveza, creo.

—Tengo un minibar en mi despacho, con todo tipo de opciones. Para los clientes.

Ninguno de los dos dijo nada más, un silencio incómodo extendiéndose entre nosotros.

De repente, como si se me agudizaran los sentidos, fui consciente de lo cerca que estaba su cuerpo, de mis brazos descubiertos rozándose con la tela de su traje, de lo bien que olía, a madera y sándalo. Tuve que contenerme para no enterrar la cara en el hueco de su cuello, y aspirar...

Peligro, peligro.

Se me encendieron todas las alarmas. En mi estupor etílico, me imaginé una sirena de ambulancia plantada encima de mi frente.

¿Tengo un minibar en mi despacho?

¿Qué era eso, exactamente?

¿Era el nuevo “quieres ver mi colección de gnomos de jardín”, o “tomamos la última en mi casa, nena”?

Por otra parte, ¿era sensato?

A ver, no es que la sensatez fuese una de mis virtudes. Y menos con incontables vasos de vino barato en el cuerpo. Pero aún así...

Me quedé callada unos instantes, y justo cuando estaba diciendo “cualquier cosa será mejor que esto”, levantando el vaso, Bruce dijo “olvidalo, no es una buena idea...”

Y volvimos a quedarnos callados unos segundos.

—Vale —dije.

Bebí un poco más del vino barato para esconder lo vergonzoso del momento.

—Lo siento —dijo de repente—. Ha sido un poco... inapropiado. No debería haberlo mencionado.

—No importa. Quiero decir, es solo bebida. Solo una copa.

¿Era solo una copa? ¿Estaba segura? ¿Cómo podía saber si era solo una copa?

Oh dios, estaba perdida, totalmente fuera de mi elemento, no hacía pie y no veía el borde de la piscina.

—Ya, pero no quiero desatar rumores, si alguien nos ve irnos juntos... tengo que mantener las apariencias. No por mí —se apresuró a añadir— sino

por ti.

—También podemos salir separados —dije sin pensar.

Tierra trágame. ¿Por qué, por qué había dicho eso? ¿Cuando aprenderé que hay que pensar antes de hablar?

Se me quedó mirando unos instantes, con sus ojos color chocolate derritiéndome por dentro.

—Ascensor, cinco minutos —dijo en un susurro grave. Se separó de la mesa en la que estábamos apoyados y se fue.

Le miré irse. Luego miré mi reloj, para que no se me fuese la pinza.

Vale, vale.

Respiré hondo.

Miré el reloj otra vez. Solo habían pasado treinta segundos.

Eché un vistazo a mi alrededor. La verdad es que nadie nos había hecho el más mínimo caso. O nadie sabía quién era Bruce, o estaban ya todos demasiado borrachos. O las dos cosas a la vez. No veía a Bev, y no estaba segura, pero me había parecido ver a Fiona irse con su ayudante en dirección a su despacho, un rato antes...

A lo mejor no hacía falta tomar la precaución de salir separados.

Aún así, me dirigí a mi escritorio disimuladamente, cogí mi bolso y mi chaqueta del respaldo de la silla y salí por la puerta, como quien no quiere la cosa.

SEIS

*A*vancé por el pasillo.

Bruce estaba parado frente al ascensor, las manos en los bolsillos del pantalón del traje. No miró en mi dirección, ni mientras avanzaba ni cuando llegué a su lado.

No había nadie más a la vista.

Fue cuando empecé a ponerme nerviosa. Aunque no sabía si eran nervios, excitación o una mezcla de las dos cosas.

¿Habría interpretado bien la señales? ¿Qué hacía un hombre como aquél, que podía tener *a quien quisiera*, casi literalmente, con una persona como yo?

El ascensor hizo *ding*, la puerta se abrió, y por fin Bruce me miró.

—¿Subes? —dijo, la voz ronca.

Con las puertas del ascensor abiertas, pude ver nuestro reflejo en la pared de espejo del fondo del ascensor.

Bruce, con su traje oscuro, la tela de la chaqueta tensándose alrededor de sus anchas espaldas, atractivo, absolutamente comestible, como si hubiese salido directamente de la portada de una revista masculina.

Al lado yo, con mi vestido negro hasta la rodilla y con manga al codo que mostraba mis curvas, mi cintura estrecha; el bolso enorme colgado, el abrigo en la mano... el pelo ligeramente despeinado, los ojos brillantes, coloretes y los labios carnosos, ya sin maquillaje a aquella hora de la tarde.

¿Debería haber ido al baño a retocarme?

Respiré hondo. Eran todo nervios.

Era extraño, no deberíamos encajar, pero encajábamos. Mis curvas y su altura. Mi imperfección y su perfección.

Por fin reuní valor y le miré a los ojos. Tenía las cejas levantadas a modo

de interrogación. Tragué saliva y dije:

—Sí.

EL VIAJE en ascensor se me hizo eterno, y eso que solo eran tres pisos. Me apoyé alternativamente en un pie, luego en otro.

A pesar de que los libros y las películas pueden inducir a pensar lo contrario, cuando la puerta del ascensor se cerró no empezamos a arrancarnos la ropa ni nada parecido.

No era el lugar más erótico del mundo. Y además olía ligeramente a desinfectante de limón.

De todas formas, a lo mejor me estaba precipitando, y solo me había invitado a una copa inocente en su despacho.

Tenía que reconocer que estaba totalmente fuera de mi elemento.

Acababa de salir de una relación de diez años, y una relación de diez años no te deja preparada para los tiempos modernos. No te deja sabiendo relacionarte con personas del sexo opuesto, ni preparada para relaciones esporádicas.

Tampoco te deja sabiendo flirtear. Estás oxidada, tiendes a meter la pata.

Era prácticamente una adolescente cuando había empezado a salir con Robert.

No sabía cómo comportarme, qué decir. La última vez que había ligado había sido en la universidad.

Nunca me había relacionado *con hombres*.

Vale, sí, Robert era un hombre; pero se había convertido en uno mientras estábamos juntos. No era lo mismo.

De todas formas, que hubiese salido de una relación larga no quería decir que estuviese muerta, tampoco.

LA PUERTA del ascensor se abrió en la planta 20, y tuve la sensación de haber traspasado el umbral de otra compañía totalmente distinta: moqueta mullida de color gris oscuro, mesas de cristal y mármol, despachos enormes detrás de cristaleras...

Sinceramente, vivía más feliz antes, cuando solo conocía la planta 17, con su moqueta verde desgastada por las pisadas y la sala de descanso con tres de

las cuatro sillas cojas.

Normal que no se celebrase allí la fiesta: daba miedo hasta pisar.

Pero eso fue lo que hicimos, mientras avanzábamos entre mesas impolutas sobre las que reposaban ordenadores de última generación.

Estaba claro a qué planta traían a los clientes.

Nos dirigimos a lo que parecía ser la única puerta que no estaba detrás de una cristalera, el único despacho sin paredes de cristal, con paredes normales.

El despacho del todopoderoso Bruce Holland, por supuesto. No es que fuese adivina: lo ponía en la puerta, en una placa metálica.

BRUCE ABRIÓ la puerta con una llave que sacó de su bolsillo y me hizo un gesto para que le precediera.

El despacho era espectacular, y bastante grande: más que el primer apartamento que alquilé en la ciudad. Estaba en esquina y las paredes exteriores eran cristaleras de suelo a techo.

La pared de la izquierda tenía un mueble enorme, incorporado en la pared, lacado en negro, con baldas para archivadores y puertas en la zona inferior.

En la misma pared había una puerta, que imaginé que daba a un cuarto de baño.

No pude dejar de avanzar, con la boca abierta. Un sofá pequeño de dos plazas flanqueado por dos butacas, y una mesa baja en el centro, conformaban una pequeña zona de reunión. En la esquina, cerca de las cristaleras, había un escritorio enorme, con la superficie totalmente vacía y la silla de oficina más grande y mullida que había visto en mi vida.

Parecía un sillón de masaje, más que una silla para trabajar. No me extrañaría ni un pelo que lo fuera.

Empecé a sentirme fuera de lugar, con mi vestido negro y mis zapatos baratos, mi bolso colgado y el abrigo en la mano.

—Deja eso por ahí —dijo Bruce.

Sinceramente, me daba cosa soltarlo, como si fuese a mancillar la perfección de la estancia.

Al final lo dejé todo encima de una de las butacas.

Bruce se había acercado al mueble negro de la pared y había abierto hacia abajo uno de los paneles para descubrir un mini bar.

Me acerqué a las cristaleras. Al otro lado ya casi había oscurecido del todo, y solo se veían las luces de la ciudad, los faros de los coches

refleándose en el asfalto, las personas como hormigas corriendo bajo la lluvia.

Vi mi propio reflejo en los cristales... el vestido negro de corte sobrio, hasta la rodilla, mi pelo castaño por encima del hombro, y Bruce a mi espalda, con su traje negro, rebuscando entre las botellas del minibar.

Él sí pegaba en aquel ambiente; la nota discordante era yo. Me sentí más inadecuada que nunca.

¿Qué estaba haciendo allí?

—¿Qué quieres tomar?

La pregunta, hecha con aquella voz grave, profunda, que resonaba en todos los huecos de mi cuerpo, me sacó de mi ensoñación.

Me di la vuelta y le miré, parado al lado del minibar, una botella de algo en la mano, un vaso en la otra.

¿*Qué hago aquí?*, volví a preguntarme.

Seguir la corriente, supuse. A ver adónde me llevaba.

Me miró con el ceño ligeramente fruncido, la botella en la mano.

—Aunque quizás no deberías beber más.

Ladeé la cabeza.

—¿Para qué hemos venido aquí, entonces? —pregunté, sonriendo.

Me mordí el labio, porque tanto él como yo sabíamos para qué habíamos ido a su despacho.

Se sirvió un vaso del líquido ámbar, volvió a guardar la botella y cerró el minibar. Luego tomó un sorbo de su bebida, sin quitarme la vista de encima. El pulso se me aceleró en el cuello.

Se acercó a mí, el vaso en la mano, andando lentamente, como para darme la oportunidad de huir. O de arrepentirme.

Cuando llegó a mi altura, se quedó parado frente a mí.

BRUCE

¿Estás loco? ¿Quieres una demanda por acoso sexual?

Casi podía oír la voz de John, mi mejor amigo y vicepresidente de Holland Enterprises, en mi cabeza.

Al menos eso es lo que diría si supiese dónde estaba en ese momento, y con quién.

Le conocía como si fuera mi hermano. De hecho, era como el hermano que nunca había tenido. Podía adivinar lo que iba a decirme palabra por palabra.

Y lo peor es que probablemente tuviese razón.

Pero, ¿podía evitarlo? Respuesta corta: no. Ni podía ni quería.

Aquello iba a pasar. Iba a pasar en mi despacho, iba a pasar encima de mi mesa e iba a pasar en aquel instante.

No había tenido mi mejor momento antes, en la fiesta, cuando una persona salida de no sabía dónde se había tropezado conmigo. Había sido brusco y arisco, dos cosas por las que era conocido, no iba a engañar a nadie a aquellas alturas.

No ayudaba tampoco que estaba más que irritado porque no quería estar allí. Aquella “fiesta” era el último lugar donde quería estar, a pesar de que John tenía razón: tenía que *socializar* con mis empleados. Cualquier momento era bueno.

Incluso una fiesta de San Valentín cutre.

Había fracasado estrepitosamente, porque la única persona con la que había hecho contacto era Maya.

Maya, de entrada de datos, que había estado a punto de tirarme un vaso de vino encima —si hubiese estado lleno— y con la que me había comportado como un gilipollas.

No era la persona más paciente del mundo, ni la más sociable, en eso tenía que darle la razón a John.

Me había salido mi mal genio por defecto, y estaba dispuesto a disculparme rápidamente y seguir mi camino... pero en cuanto había visto cómo me miraba la mujer con la que me había tropezado no tuve más remedio que mirar de vuelta.

Y eso había sido mi perdición.

Curvas dentro de un vestido negro que debería ser ilegal. Labios carnosos, pelo despeinado, olor a jazmín... mi propia reacción me había hecho ponerme todavía de más mal humor. ¿Qué era, un adolescente salido que no podía controlarse, o un adulto que además resultaba ser un empresario de éxito?

Control, Bruce, tío. Eso era por lo que era conocido. Me gustaba controlarlo todo, en todo momento.

Por eso aquella mujer asaltando mis sentidos sin permiso me había molestado *en extremo*.

No solo eran las piernas (que también: desde que les había puesto la vista encima no podía dejar de imaginármelas alrededor de mi cintura), ni los labios carnosos ni el escote... era la actitud. Era un soplo de aire fresco, acostumbrado como estaba a que todo el mundo me hiciese la pelota... una

persona que no parecía tener filtro entre la mente y la boca... y qué boca. Me quedé mirándola, los labios carnosos, hipnotizado...

Lo sentía mucho por John, y lo que me diría si lo supiese, pero iba a perder el control.

Solo un poco.

Lo justo para volver a tomarlo una vez tuviese a Maya desnuda debajo de mí. O de rodillas, o enfrente, o de espaldas, o...

Era difícil pensar en lo que diría John, en los peligros de aquello o en cualquier otra cosa, cuando solo con bajar la mirada todo mi campo de visión lo ocupaba un maravilloso escote. Incluso desde allí podía vislumbrar un trozo de encaje negro, la sombra de un pezón oscuro...

Me pregunté si el encaje negro haría juego con el de las medias a medio muslo que había podido ver un instante en la planta de abajo.

¿Qué estaba diciendo?

Sí. Problemas, malos rollos, abogados, juicios... La lista de lo que podía ir mal era infinita.

Me daba igual.

MAYA

PODÍA SENTIR la electricidad estática entre nosotros. Oscilé en su dirección como si su cuerpo fuese un imán... Se acercó un poco más a mí, y puso la mano que no sujetaba el vaso en mi cintura. Sentí el tacto como si me hubiese tocado con un hierro candente, y tuve que contenerme para no saltar un metro por encima del suelo

Inclinó la cara hacia la mía y la dejó a dos milímetros, hasta el punto de que si pestañeaba, le tocaba.

—¿Cómo de borracha estás? —preguntó, sus labios sobre los míos.

Intenté acercarme, salvar la distancia hasta su boca, pero se separó en el último instante.

—No lo suficiente —musité.

—¿Demasiado como para ser consciente de tus actos?

—Nunca soy consciente de mis actos. De hecho, casi siempre soy inconsciente de mis actos.

Eso era verdad.

—¿Nunca respondes a una pregunta directa? —dijo, ligeramente exasperado, y me seguía negando sus labios, separándose cada vez que intentaba acercar los míos.

Estaba hipnotizada por aquel labio inferior grueso. Tenía que mordisquearlo cuando antes o me iba a desmayar.

—Muy bien —tomé aire antes de responder—: he bebido lo suficiente como para echarle la culpa al vino de cualquier cosa que pase esta noche, pero no lo bastante como para no ser consciente de que las decisiones las estoy tomando yo, y no el alcohol. ¿Te vale?

Me miró los labios y sonrió ligeramente.

—Supongo.

Entonces salvó la distancia hasta mi boca, y me besó.

POR FIN, por fin, fue lo único que pude pensar. Después de eso todo pensamiento racional huyó de mi cabeza.

Separé los labios bajo su asalto y su lengua invadió mi boca, salvaje, conquistando, arrasando todo a su paso.

Sentí que se me doblaban las rodillas.

Dios. El sabor, a *bourbon*, del trago que acababa de darle al vaso. Le devolví el beso con la misma intensidad, intentando ponerme a su altura, agarrándome a las solapas de su chaqueta.

Gemí, bajito, en el fondo de la garganta.

Se separó un instante.

Yo tenía los ojos cerrados y los abrí.

Bruce me estaba mirando, el ceño fruncido.

—Joder.

Ya podía decirlo otra vez. Parecía tan sorprendido, tan desconcertado como yo. Esperaba que él también hubiese sentido la corriente eléctrica que había pasado de mi cuerpo al suyo, o igual había sido al revés... daba igual. Estaba medio mareada, entre lo bien que olía, lo bien que besaba y lo que estaba haciendo con sus labios en mi cuello...

—Voy a soltar esto —dijo, con voz ronca, elevando la mano que todavía sujetaba el vaso.

Apoyó el *bourbon* en la pequeña mesa de centro. Luego tiró de mí hasta que quedamos de espaldas al sofá de dos plazas. Me apoyó en el respaldo, y volvió a besarme mientras se inclinaba ligeramente sobre mí y una de sus

manos emprendía un viaje debajo de mi falda, mientras la otra seguía en mi cintura.

Subió el borde inferior de mi vestido hacia arriba, ligeramente. Me apartó el tanga y empezó a jugar con mis rizos mientras llevaba sus labios por mi mandíbula hacia mi oído.

—Estás húmeda... —su voz me acarició el lóbulo de la oreja.

No pude contestar, solo emitir un gemido.

Empezó a hacer círculos con dos dedos y empecé a respirar con dificultad, mientras me mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

Cuando tenía los dedos justo en mi entrada húmeda, y por fin había conseguido empezar a morderle el labio inferior, la puerta del despacho se abrió de repente.

SIETE

Bruce sacó la mano de debajo de mi falda a la velocidad de la luz. Emití un gemido de protesta. Necesitaba que su mano volviese debajo de mi falda y la necesitaba *ya*.

Me quedé mirando su hombro, respirando con dificultad. Aproveché la pausa para componerme. Me puse una mano en la frente.

Estaba mareada, floja, débil. Como si tuviese las piernas de gelatina y el estómago lleno de mariposas.

Respiré hondo una, dos veces.

No estaba acostumbrada a ese tipo de atracción. Llevaba diez años con la misma persona, y lo más excitante que Robert y yo habíamos hecho últimamente era ver en Netflix la nueva versión de *Sabrina, cosas de brujas*.

Robert también era la única persona con la que había hecho el amor en *toda mi vida*.

No sabía qué iba a pasar entre Bruce y yo antes de que nos interrumpieran, pero fuese lo que fuese estaba segura de que no era *hacer el amor*.

ESTÁBAMOS APOYADOS en el respaldo del sofá de dos plazas, yo de espaldas a la puerta, Bruce frente a ella. Había sacado la mano de debajo de mi falda pero no había dejado de sujetarme por la cintura. Le vi mirar por encima de mi hombro y su expresión cambió completamente a una expresión helada de furia contenida. No sé quién acababa de entrar por la puerta, pero si sabía lo que le convenía se iría rápidamente por donde había venido.

—¿Qué haces aquí?

No quise darme la vuelta para ver quién estaba en la puerta. Tenía miedo de que fuera alguien de la oficina y me reconociese. Quizás de espaldas tenía alguna esperanza de que la gente no supiese quién era, de que no se corriese la voz de que estaba *confraternizando* con el jefe.

Hasta que la persona que había abierto la puerta del despacho habló.

—Qué curioso... justo iba a preguntar qué hace *ella* aquí —dijo una voz femenina, grave y aterciopelada, como de línea erótica.

Fue cuando decidí darme la vuelta.

UNA RUBIA espectacular estaba en el quicio de la puerta, los brazos cruzados sobre el abundante y generoso pecho (seguro que era falso; tenía que consolarme de alguna manera). Entró dentro del despacho y se dio la vuelta para cerrar la puerta.

Llevaba un vestido rojo oscuro, ajustado, que dejaba nada a la imaginación: tenía unas piernas que le llegaban hasta las orejas, un escote en uve que mostraba perfectamente sus atributos y el pelo le caía en ondas color platino.

Lo peor es que su cara me sonaba muchísimo.

También tenía unos zapatos negros de tacón altísimos, pero aun sin ellos calculé que me sacaba por lo menos veinte centímetros.

—¿Quién es? —pregunté en voz alta, sin poder evitarlo.

No es que fuese asunto mío. O a lo mejor sí, porque si estaba en medio de *algo* —todavía no sabía muy bien el qué— con Bruce, en su despacho, y aparecía una rubia espectacular con cara de pocos amigos, aquello no presagiaba nada bueno.

—Soy su prometida.

COMO DECÍA, una relación de diez años tampoco te prepara para ese tipo de cosas. No estaba acostumbrada a ese tipo de dramas.

Estaba tan desentrenada, sabía tan poco de la vida y del mundo, que ni se me había ocurrido asegurarme de que Bruce —¿o era otra vez *Mr. Holland?*— no estuviese emparejado, o peor, casado.

No sabía nada de él, al fin y al cabo.

Volví a preguntarme qué hacía yo allí, exactamente. Qué pintaba allí.

Me aparté de su lado instintivamente, pero todavía tenía la mano en mi cintura y me mantuvo a su lado con una ligera presión.

Decidí no montar una escena. De momento.

Ya tendría tiempo de salir corriendo cuando la mujer rubia terminase de montar la suya.

—Chantelle... —dijo Bruce, en un suspiro, como si estuviese supercansado.

Wow. Chantelle. Sonaba a nombre de stripper.

Aunque no era nombre de stripper: era el nombre de una celebrity/modelo/influencer que estaba en boca de todo el mundo. Incluso tenía su propio *reality*.

De eso me sonaba la cara.

Joder. Si no estuviese tan cabreada, me habría hecho hasta gracia.

—¿Sí, Bruce? —preguntó, sonriendo, en un tono de voz más azucarado que el almíbar.

—No eres mi prometida. Desde hace más de tres meses.

La sonrisa se le tropezó un poco, pero no la perdió del todo.

—Por eso he venido, cariño. Verás —avanzó un par de pasos, con sus andares de pantera, como si yo no existiese—, tenemos que hablar...

—Por cierto... —le interrumpió Bruce, y Chantelle paró su avance de golpe—. ¿Quién te ha dejado entrar? Este es un evento privado, solo para empleados.

La mujer frunció el ceño, confundida.

Joder, era guapa hasta frunciendo el ceño.

—Pero, Bruce, es San Valentín, y...

—Por favor —se puso los dedos en el puente de la nariz y cerró los ojos momentáneamente—. Por favor, sal del edificio. Antes de que llame a seguridad.

Estaba disfrutando como una enana. Había pasado de estar furiosa a estar la mar de entretenida.

Solo echaba en falta unas palomitas.

—Me ha invitado John, pensaba que necesitabas un poco de... distracción —dijo, mientras fruncía el ceño y me miraba.

—Ya hablaré yo con John —dijo Bruce, como si su conversación con el susodicho no fuese a ser del todo agradable.

No sabía por qué, pero deduje que el mencionado John era su amigo y vicepresidente.

—Ahora, si no te importa, estoy ocupado.

La rubia seguía mirándome, confundida, como si no entendiese nada.

—No lo entiendo... no puedes preferirla a *ella*. Tiene... —me miró de arriba a abajo— *sobrepeso* —dijo, con una mueca de disgusto, como si hubiese dicho la lepra o rabia.

Hombre, eso era debatible. Depende de con quién me comparase. Teniendo en cuenta que ella era un insecto palo y probablemente tendría menos grasa corporal que un bistec mediano, entonces sí, yo era una ballena.

Si me comparaba con una persona normal, pues no.

Podía haberme ofendido, pero de repente recordé dónde tenía la mano Mr. Holland (Bruce, era otra vez Bruce) unos minutos antes, y que estaba a punto de llamar a seguridad para que la echasen del edificio.

Así que me salió una sonrisilla maliciosa.

Le dije adiós con la mano.

—*Bye bye*, Chantelle.

Nos miró alternativamente a mí y a Bruce, apretó la boca en una fina línea, y por fin se dio la vuelta y se fue.

Cerró la puerta tras ella, de un portazo, y no pude evitar sonreír de oreja a oreja.

OCHO

Bruce se colocó detrás de mí, ambos mirando la puerta por la cual Chantelle acababa de salir.

—¿No deberías cerrar la puerta? —dije—. ¿No entrará nadie más? ¿Alguna otra modelo que ande suelta por el edificio, quizás?

—Nadie entra en mi despacho sin permiso —bajó los labios hasta el hueco entre mi cuello y mi hombro, y cerré los ojos—. Solo Chantelle está tan loca.

Entonces noté su aliento en mi oído, y me susurró, “¿por dónde íbamos?”

Las piernas se me volvieron líquidas de nuevo.

Íbamos por una parte muy interesante de la noche... íbamos porque me estaba devorando y yo no podía esperar para hacer lo mismo.

Íbamos bastante bien, la verdad.

Aún así, no iba dejar pasar el momento tan fácilmente. Giré la cabeza para mirarle y levanté una ceja.

—¿Prometida?

Sonrió ligeramente.

—Fue un momento de debilidad. Un error de juicio. No me digas que nunca has tenido ninguno...

Empezó a moldear mis curvas con sus manos, por encima del vestido. Llegó hasta mis pechos y me rozó los pezones con los pulgares.

En aquel momento estaba teniendo uno, podía haberle dicho.

Pero sinceramente, me daba igual todo.

A aquellas alturas, ya estaba perdida.

Me besó justo detrás de la oreja, y luego me mordisqueó ligeramente el lóbulo.

—¿Qué estamos haciendo, exactamente? —pregunté, con un hilo de voz.

—Nada que no quieras que hagamos...

Las manos volvieron bajo el vestido, esta vez levantándolo casi hasta la cintura. Noté el aire en mis nalgas, que habían quedado completamente al descubierto.

Sentí sus manos en mi piel, esta vez por detrás. Llegó hasta a tira de encaje que sujetaba las medias, en la parte trasera de mis muslos.

Pasó el dedo índice por el borde, justo encima del encaje, y aguanté la respiración.

—¿Traes esto a la oficina todos los días? —preguntó en mi oído, con voz ronca.

Negué con la cabeza.

—Solo cuando llevo vestidos... o faldas —logré decir por fin.

—*Mmmm.*

Las manos estaban ahora en mis nalgas, masajeándome, separándomelas, y no podía más.

Ya podía decir adiós a mi tanga de encaje. Estaba mojado, totalmente arruinado.

—¿No quieres correr... mientras puedas?

Le noté entre mis nalgas, duro, a través de la tela del pantalón.

Tragué saliva.

No iba a ir a ningún sitio.

—No —dije, la voz rasposa, como si estuviese en medio del desierto.

Empezó a jugar con el hilo de mi tanga, pasando los dedos por debajo.

—¿Sabes qué vamos a hacer ahora?

Asentí, tragando saliva.

Fue directo, dos dedos, a mi clítoris, sin necesitar que le diese direcciones ni media hora para encontrarlo... eché la cabeza hacia atrás y la apoyé en su hombro.

—Pero primero, hemos dejado algo a medias...

Desplazó los dos dedos que estaban jugando con mi clítoris y los deslizó dentro de mí.

—¡Ah!

Emití un gemido intenso cuando noté la invasión de los dos dedos largos. Con el pulgar seguía acariciándome el clítoris mientras los dedos entraban y salían de dentro de mí.

—Abre las piernas —no me dio oportunidad a hacerlo, me las separó con

los pies.

Con la mano que no me estaba volviendo loca, empezó a acariciarme las nalgas...

—Eso es... fóllate con mis dedos.

Hice lo que me decía, moviéndome sobre su mano para poder encontrar el ángulo perfecto.

Me aparté los mechones de pelo que se me pegaban a la cara, del sudor.

Mis gemidos empezaron a subir de volumen.

—¡Sí! ¡Sí!

—Eso es.. Eso es... —dijo Bruce, y si hubiese tenido capacidad de raciocinio en ese momento me habría dado cuenta de que sonaba casi más afectado que yo.

Empecé a moverme en círculos...

—Joder, me encanta tu culo.

Entonces dejó de acariciármelo y me dio una palmada, fuerte, que más que una palmada era un azote.

Me mordí el labio, tan fuerte que estuve a punto de notar el sabor metálico de la sangre. Empecé a moverme más deprisa, buscando el orgasmo, el clímax que se me escapaba, elusivo...

Él seguía moviendo los dedos, a la vez, sin darme tregua...

Más palmadas, una, dos, tres, hasta que estallé.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Oh Dios!

Cerré los ojos con fuerza y eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro, mientras el orgasmo me barría como una ola gigante.

Sentí las piernas flaquear, esta vez de verdad, y noté como Bruce me sujetaba para que no me cayese al suelo.

Se quedó pegado a mi espalda. Los movimientos de sus dedos se hicieron cada vez más lentos, hasta que se detuvieron.

Intenté recuperar el aliento. Seguía notando su erección, a través de la tela de su pantalón, en mis nalgas desnudas. Pensé que de un momento a otro iba a oír la cremallera de su pantalón y que iba a follarme allí mismo, en esa misma posición, contra el respaldo del sofá, desde atrás, y estaba a punto de pedirselo cuando se separó y me bajó el vestido.

Tuve que sujetarme al respaldo para no caerme cuando perdí el soporte de su cuerpo.

Rodeó el sofá para coger el vaso de *bourbon* que había dejado encima de la mesa y tomó un sorbo.

Miré el vaso con envidia. Tenía la boca seca. Me arrepentía de no haberle pedido una bebida antes.

Fue cuando acercó su vaso a mi boca, leyéndome el pensamiento.

Di un sorbo del licor, que me quemó la garganta, sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó.

Me salió una carcajada involuntaria, ronca.

—¿Estás de broma?

Sonrió. Sin soltar el vaso, me cogió del brazo y me llevó hacia el escritorio. Lo rodeamos, hasta quedar del lado de la silla. Se pegó a mí y me besó. Noté su erección en mi estómago, a través del vestido.

Luego se alejó un par de pasos, y me quedé allí, contra el escritorio, sin saber qué hacer.

NUEVE

Se quedó mirándome, una mano en el bolsillo, en la otra el vaso, del que iba tomando sorbos de vez en cuando.

Me estaba poniendo nerviosa. Estaba a punto de decir cualquier tontería —como siempre que estaba nerviosa—, cuando Bruce habló por fin:

—Quítate el vestido —dijo, con voz ronca.

Miré hacia las cristaleras.

—¿Y si nos ve alguien?

Sonrió un poco.

—¿Importaría mucho?

Lo pensé un instante.

No. La verdad, no.

De hecho, era incluso excitante.

De todas formas, era improbable que nadie pudiese vernos: cuando miré hacia las cristaleras no conseguí ver nada más que gotas de lluvia y luces desdibujadas.

Estábamos en la planta 20. No había tantos edificios altos alrededor: al fin y al cabo era Boston, no Nueva York.

—Quítate el vestido —repitió.

Tenía ya las manos en el borde, cuando detuve el gesto y levanté una ceja.

—Me gusta dar órdenes —dijo, a modo de explicación.

Quién lo iba a decir.

—Pero no tienes que hacerlo, si no quieres —dijo, con voz ronca.

Sonreí y levanté el vestido por el borde, poco a poco. Le vi desviar la mirada de nuevo hacia mis piernas, el encaje de las medias a medio muslo.

Cuando llegué a las caderas, desabroché la cremallera que tenía en un lado

del vestido. Luego me moví ligeramente y me lo saqué por la cabeza, de un solo gesto.

Mi sujetador era de encaje negro, a juego con el tanga. El tanga no era la opción más cómoda para un día de trabajo, pero la falda del vestido era pegada, y cualquier otro tipo de ropa interior se notaba a través de la tela.

Dejé el vestido a mi lado. Bruce no hizo ningún gesto, ni dijo nada: simplemente me miró de arriba a abajo, en ropa interior delante del escritorio, con el tanga y el sujetador de encaje negro, las medias negras transparentes a medio muslo con el borde también de encaje y los zapatos de tacón.

Vi cómo se le ensanchaban las aletas de la nariz y se le oscurecían los ojos por el deseo.

Le dio otro trago al *bourbon*, mientras yo tragaba saliva.

—Quítate el resto de la ropa. Menos las medias y los zapatos.

Puse los pulgares en los bordes del tanga y lo dejé caer al suelo.

Luego pasé las manos detrás de mi espalda y me desabroché el sujetador. Sentí el aire frío del despacho rozarme los pechos desnudos. Tenía los pezones erectos, duros como botones, pero no era del frío, precisamente...

Dejé el tanga en el suelo, donde había caído —estaba totalmente mojado, arruinado de todas formas— y el sujetador encima del vestido, a mi lado.

—Tumbate. Encima de la mesa.

Miré un instante a Bruce a los ojos, antes de reclinar me lentamente sobre la superficie lisa y fría del escritorio.

Había dejado todas mis inhibiciones fuera de la puerta del despacho. Nunca me había sentido tan libre, tan aventurera. Todos los absurdos complejos sobre mi cuerpo habían desaparecido, y allí tumbada, desnuda, mientras Bruce me devoraba con la mirada, me sentía deseada, y deseable.

Estaba totalmente expuesta, desnuda sobre la mesa, mientras Bruce seguía completamente vestido.

Había algo profundamente erótico en ello... me sentía vulnerable, pero a la vez poderosa.

Sin soltar el vaso, le dio otro trago al *bourbon*. Primero pasó la vista por mi cuerpo, lentamente, y luego me miró a los ojos, y levantó las comisuras de los labios en una ligera sonrisa.

Avanzó hacia mí, me separó las piernas y se posicionó entre ellas, todavía vestido.

—¿Sabes qué voy a hacer?

Con la mano que no sujetaba el vaso empezó a acariciarme un pecho,

lentamente, cogiéndolo luego en la mano, comprobando su peso. Me rozó el pezón con el pulgar, unas cuantas veces, como si lo estuviese haciendo casi distraído.

Mi respiración empezó a acelerarse.

Le dio otro sorbo al vaso, y por fin lo soltó.

Su mano derecha se unió a la izquierda y me acarició el otro pecho, el otro pezón, hasta que estuvieron duros como el granito.

Empecé a gemir.

—¿Sabes qué voy a hacer? —repitió, como para sí mismo—, voy a follarte hasta que no puedas andar. Hasta que no puedas moverte, y aunque haya pasado una semana todavía me sientas dentro de ti, notes mi polla dentro de ti.

Empecé a respirar con dificultad, sin poder quitar los ojos de Bruce.

No sabía si estaba más excitada por la situación o por su manera de hablar.

Seguramente las dos cosas.

Bajó lentamente una de sus manos por mi estómago.

—Te sentarás en la silla, en tu puesto de trabajo, y te acordarás de mí...

Me separó más las piernas, con las manos en mis ingles, acariciándome el interior de los muslos.

Empecé a oír ruidos metálicos y me di cuenta de que se estaba quitando el cinturón. *Por fin, por fin*, fue lo único que pude pensar... luego escuché el ruido de una cremallera y me incorporé ligeramente, apoyándome en los antebrazos, para poder disfrutar del espectáculo.

Se desabrochó los pantalones, metió la mano por dentro y sacó su polla erecta.

No podía decir que fuese una sorpresa, porque llevaba notando la erección un rato, primero en el respaldo del sofá, antes y después de la aparición estelar de su exprometida. Pero aún así, me quedé ligeramente con la boca abierta, incapaz de apartar la vista de su sexo grande, ancho y largo, las venas que lo recorrían...

Intenté tragar saliva, pero tenía la boca seca. Noté cómo mi sexo se humedecía más, si eso era posible.

Sin quitarme la vista de encima, con la mirada hambrienta, cogió su cartera del bolsillo interior de la chaqueta del traje, y de allí sacó un condón.

Abrió el paquete con los dientes.

Ese gesto de impaciencia fue la única señal que indicaba que no lo tenía todo tan bajo control como parecía.

Eso sin contar la erección enorme que me saludaba desde el borde de la mesa...

Se puso el condón, desenrollándolo lentamente.

La anticipación me estaba matando.

Cogió su erección con la mano y le noté en mi entrada resbaladiza. Empezó a trazar círculos con la punta en mi clítoris.

Oh dios oh dios oh dios.

Me tumbé del todo sobre la mesa, los brazos por encima de mi cabeza, la espalda arqueada.

—Por favor... —dije, cuando siguió torturando mi clítoris.

—¿Por favor, qué?

Combustión espontánea. Ese era el término que estaba buscando. Como siguiese así, iba a sufrir una combustión espontánea.

—Por favor, ven dentro.

No me hizo caso. Siguió masajeándome con la punta, haciendo círculos, acercándose más y más al orgasmo hasta que en el último momento, cuando estaba al borde del precipicio, empezó a entrar dentro de mí, lentamente.

Me retorcí encima de la mesa.

—Sí, sí, eso es... entra dentro.

No sabía ni lo que decía. Cerré los ojos con fuerza.

Noté cómo me invadía, ensanchándose. Se paró a la mitad para que pudiese acostumbrarme a su tamaño.

No quería que parara. No quería acostumbrarme, quería el shock de su polla dentro de mí, de repente, sin avisar, sin permiso.

Me estaba volviendo loca. Quería deprisa, quería rápido y fuerte, quería ya, *yayaya*.

Siguió empujando, abriéndose paso poco a poco en mi interior.

Eché la cabeza hacia atrás, arqueando la espalda, y emití un gemido largo y alto.

—Mírame.

Lo intenté, intenté levantar la vista del techo y clavarla en Bruce, pero la tenía desenfocada y no podía evitar cerrar los ojos, invadida por el placer...

Oh dios. Necesitaba que se moviese, y lo necesitaba *ya*.

Con un movimiento de caderas me penetró hasta el fondo.

—¡Ah!

Estaba dentro, esta vez sí, del todo.

Empecé a moverme encima del escritorio, intentando acelerar aquello,

intentando... no sabía qué.

—Quieta —dijo Bruce, pero no le hice caso.

—No puedo, no puedo... —gemí—. Bruce... Bruce...

Al final cogió mis piernas y las pasó alrededor de su cintura. Eso no hizo que dejase de retorcerme.

—¿Qué quieres?

—Quiero más... más fuerte...

—Pídemelo por favor.

—Por favor —gemí, casi en una súplica—. Por favor.

Sonrió un poco de lado, el maldito.

—Todo a su tiempo, Maya. Todo a su tiempo...

Entró y salió, despacio, como si me estuviera torturando a propósito. Notaba mis músculos intentando adaptarse a su largura, a su anchura, intentando adaptarse a la invasión... a pesar de eso quería más, necesitaba más.

En una de las embestidas, se quedó clavado dentro de mí, sin moverse.

Empezó a quitarse la corbata, con movimientos lentos, sin dejar de mirarme a los ojos.

Yo tampoco podía dejar de mirarle, hipnotizada.

Tiró la corbata por ahí.

Se quitó la chaqueta del traje y siguió el mismo camino que la corbata.

Luego empezó a desabrocharse la camisa y ante la primera visión de sus pectorales se me hizo la boca agua.

¿Cómo, cómo podía tener esa clase de músculos una persona que se pasaba el día en la oficina? Era inexplicable. Tenía más músculos en el pecho y en el abdomen de los que podía contar... una expansión de músculos bronceados, solo para mí... Los pezones eran oscuros y grandes como monedas. Me quedé con la visión de los pectorales y los abdominales grabada en la retina.

No llegó a quitarse la camisa del todo, solo la dejó abierta sobre el pecho. Sentí la necesidad de acariciar con mis manos el pecho y el estómago plano y duro, mordisquearle los pezones, pero me había dicho que no me moviese...

Tragué saliva otra vez.

Empezó a moverse, otra vez, a entrar y salir de dentro de mí, absurdamente despacio, como si me estuviera torturando.

BRUCE

MIRÉ a Maya encima de mi mesa de despacho, e intenté tranquilizarme.

Lo había intentado con el *bourbon*, pero no había servido de nada.

La melena castaña esparcida encima de la superficie brillante de madera... su cuerpo desnudo, expuesto, para mí.

No sabía ni por dónde empezar. Tenía miedo de volver a convertirme en un adolescente sin control.

Quería poseerla. Era lo que hacía, con las empresas, con los negocios, con todo.

Necesitaba poseer, conquistar, invadir.

Quería follarla, duro, fuerte y *ya*. Todas aquellas curvas expuestas sobre la mesa, mi festín particular.

Seguí entrando y saliendo despacio, despacio, para no correrme demasiado rápido, pero *joder*, me estaba resultando difícil, por no decir casi imposible.

Abrí sus piernas un poco más y entré más adentro, más todavía, hasta que la escuché gemir, un gemido alto y claro.

Las tetas se movían con cada embestida.

Sí, pensé. *Sí, sí, sí...*

Era lo que necesitaba. Desfogarme, conquistar, invadir.

Miré hacia abajo, volví a salir y vi cómo su coño rosa se tragaba mi polla ancha una y otra vez, una y otra vez.

Podría quedarme mirando todo el día, toda la noche.

En la mesa, Maya se retorció de placer. Cambié el ángulo, el movimiento.

—¿Quieres más fuerte?

MAYA

—¡Sí!

No quería despacio. No quería lento, no quería poco a poco, no quería nada suave ni romántico.

Quería sexo salvaje, fuerte, duro, lo que nunca había experimentado en mi vida.

Quería no poder sentarme en una semana, salir de allí escocida, con

mordiscos, arañazos, heridas de guerra.

Me incorporé en la mesa, hasta quedar sentada. Aproveché para sacarle la camisa por los brazos. Era un pecado que todos aquellos músculos quedasen tapados... hice un ruido en el fondo de la garganta cuando descubrí los bíceps. *Dios*. Pasé la lengua por el hueco de su cuello, lo primero de él que me había llamado la atención. Puse la mano en su pelo y tiré hacia abajo, para poder morderle el lóbulo de la oreja. Luego acerqué su boca a la mía, y le besé.

Fue como si una hoguera nos estuviese consumiendo... como si no tuviéramos suficiente, nuestras lenguas luchando... por fin empezó a acelerar sus movimientos. En el fragor de la batalla, casi sin darme cuenta, le mordí el hombro.

Fue como si hubiese abierto las compuertas.

Empezó a penetrarme con golpes secos, cada vez más deprisa, entrando hasta el fondo.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Es esto lo que te gusta? —preguntó, jadeando, entre embestida y embestida.

Habría respondido, si pudiese, pero no encontraba la voz, no podía hacer otra cosa que gritar de placer, mientras me llenaba hasta el fondo, una y otra vez, una y otra vez...

Vi su culo desnudo en las cristaleras, moviéndose mientras empujaba. Empezó a moverse en círculos. Puse las manos en sus nalgas y empujé hacia adelante para que me penetrase más profundamente.

—Ah, joder, sí... eso es... —dijo, con voz ronca.

En un momento de locura le clavé las uñas en las nalgas, totalmente fuera de mí, y fue cuando perdió totalmente el control.

—Fóllame —jadeé, entre embestida y embestida—, fóllame más, fóllame fuerte... sí... *ah...*

Bajó la cabeza y se metió uno de mis pezones en la boca, mordiéndolo ligeramente.

—Tumbate —volvió a ordenarme— eso es, agárrate a la mesa.

Le vi mirar hacia abajo, hacia dónde estábamos unidos. Estaba hipnotizado mirando su propia polla entrar y salir de dentro de mí.

Cogió mis piernas y las subió a sus hombros. Luego se inclinó sobre mí. En esa posición llegaba todavía más adentro, no sabía cómo era posible, hasta donde nadie había llegado nunca...

Arqueé la espalda y grité. Sentí como si fuese a partirme en dos de un momento a otro. Cambió el ángulo de la penetración y no sé cómo tocó un

punto mágico dentro de mí, empezó a rozarlo una y otra vez, y creí que había muerto y estaba en el cielo.

—¡Bruce! ¡Bruce! —empecé a gritar.

—¿Te gusta? —preguntó, entre jadeos.

—¡Sí!

Noté el orgasmo acercarse, pero más que un orgasmo era un tsunami que amenazaba con arrastrar todo a su paso, lo poco que me quedaba de cordura... cerré los ojos con fuerza, me agarré al borde exterior de la mesa y empecé a arquear la espalda y a gritar, tan alto que tenían que oírme por fuerza en todo el edificio.

—¡Bruce! —dije de repente, y empecé a correrme, los gritos tenían que llegar al menos hasta la planta 17.

—Eso es, eso es... eso es, córrete... otra vez... —dijo, y empezó a frotar mi clítoris, embistiendo cada vez con más fuerza, hasta el punto de desplazar el escritorio sobre el suelo. Fue entonces, contra todo pronóstico, cuando estaba volviendo en mí, cuando empecé a retorcerme de nuevo y el segundo orgasmo, inesperado, me sacudió de arriba a abajo.

Empecé a gritar de nuevo, mientras Bruce embestía una y otra vez, una y otra vez, hasta que empezó a gruñir, me penetró unas cuantas veces más, potente, hasta el fondo, tan fuerte que sabía que iba a estar escocida más de una semana...

—Joder, joder... —apretó los dientes y cerró los ojos—. ¡Maya!

ESTÁBAMOS SUDOROSOS, respirando con dificultad.

Me temblaban las piernas, que Bruce ya había bajado de sus hombros. Bruce estaba apoyado con los brazos tensos, las palmas de las manos sobre el escritorio, la cabeza baja, intentando recuperar el aliento.

Intenté incorporarme, despegar la espalda del escritorio, sin éxito. A la segunda va la vencida, pensé, pero Bruce se dio cuenta de mis intentos y tiró de mi mano, hasta que quedé sentada frente a él. Enterró la cara en el hueco entre mi cuello y mi hombro.

Miré hacia las cristaleras. Al otro lado ya era noche cerrada y lo único que podía ver era nuestro reflejo, yo completamente desnuda, menos los zapatos y las medias hasta el muslo, aunque una de ellas se había deslizado y estaba hecha un gurrullo en mi tobillo.

Bruce tampoco tenía mejor aspecto, el pantalón a medio muslo, su

increíble culo descubierto, la cara enterrada en mi cuello, intentando recuperar el aliento.

—¿Crees que nos habrá visto alguien? —dije, rompiendo el silencio.

Levantó por fin la cara para mirarme. Parecía satisfecho, sonriendo ligeramente, los ojos color chocolate más cálidos que nunca.

—No creo. Es San Valentín, al fin y al cabo, no creo que haya mucha gente en las oficinas, a estas horas...

—¿Cómo crees que irá la fiesta? —pregunté, acordándome de repente de la gente que habíamos dejado en la planta 17.

—Ni idea. Ahora mismo, lo único que me interesa es cómo vamos a salir del edificio sin que nadie nos vea.

Ladeé la cabeza.

—Supón que lo conseguimos...

Todo dependía de la gente que todavía quedase pululando, y de nuestra habilidad para componernos la ropa y que no pareciese que acabábamos de tener una sesión de sexo salvaje.

¿Imposible? No, pero bastante difícil.

—Supón que lo conseguimos —repitió Bruce, acercándose a él, y mirando mi boca—. Lo siguiente sería llegar hasta mi casa, y pasar el fin de semana encerrados allí.

Una burbuja de optimismo se abrió paso en mi interior.

—¿Y si tengo planes?

No los tenía, pero no quería que se me notase desesperada.

—Cancélos.

Chasquéé la lengua.

—Tú no mandas en mí —dije, sonriendo.

Bruce sonrió de vuelta, acercando sus labios a los míos.

—En realidad, sí —dijo, sobre mi boca.

Y me besó.

Al final, después de todo, el día de San Valentín no había estado nada mal...

FIN

* * *

*Aquí concluye la historia de Maya y Bruce. En breve lanzaré la segunda parte de “La Fiesta de San Valentín”, la historia de Fiona.
¡No te la pierdas!*

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).

Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

* * *

Página de Nina Klein en Amazon:

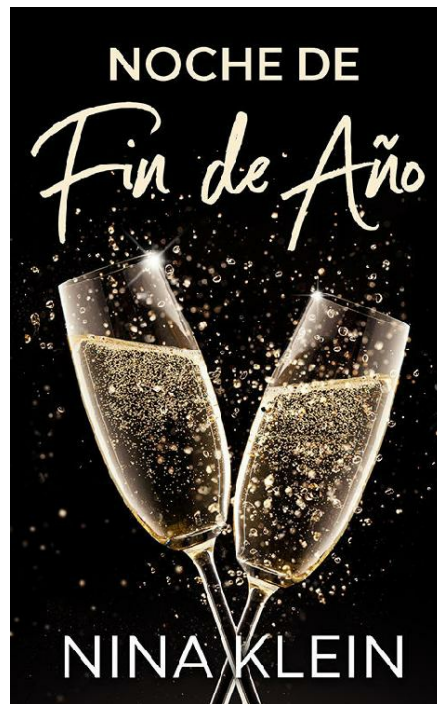
Amazon ES: amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2

Amazon US: amazon.com/author/ninaklein

ninakleinauthor@gmail.com

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

Noche de Fin de Año



Laura está dispuesta a terminar el año acampada delante de la televisión, en pijama, tragándose patéticos especiales de Nochevieja. Sus compañeros de piso, Mike y Sharon, no son capaces de convencerla para que les acompañe a la fiesta de año nuevo a la que iban a ir juntos y terminan yéndose sin ella.

Hasta que le llega una notificación de Instagram, la abre y ve una foto de su exnovio con su nuevo *amor*.

En la misma fiesta a la que ella iba a ir aquella noche.

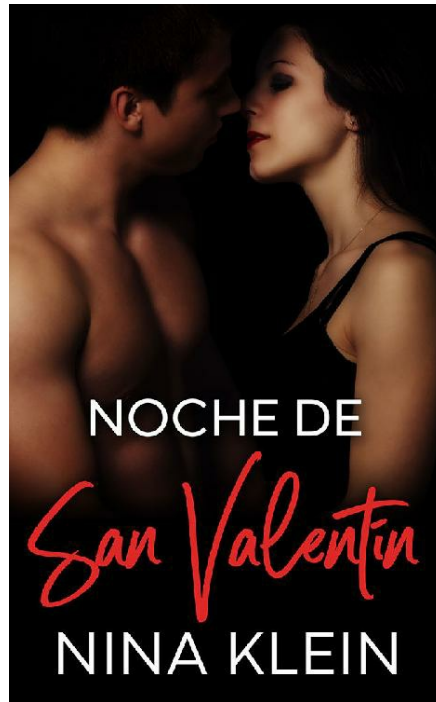
Así que decide vestirse a toda prisa para presentarse en la fiesta de improviso, justo antes de que den las doce, teniendo solo una cosa en mente: *venganza*.

Sin embargo, la noche no terminará *exactamente* como esperaba...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

Noche de San Valentín



No era la noche de San Valentín que Rachel esperaba...

Rachel está sola la noche de San Valentín, y decide ir a comprar una pizza congelada, una botella de vino y una tarta para pasar la noche viendo películas pastosas en Netflix.

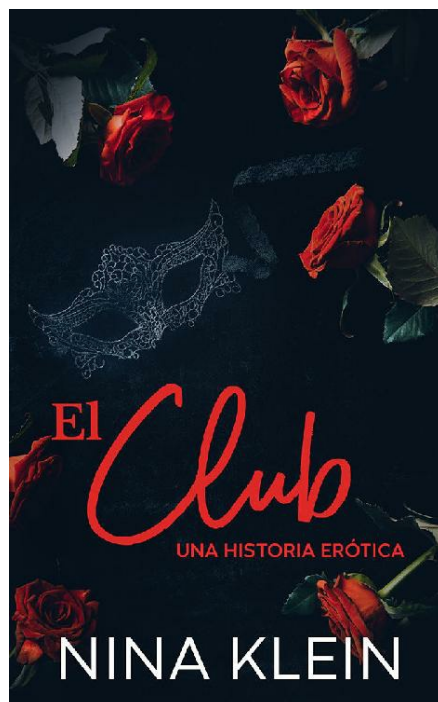
Al volver del supermercado se encuentra con Ethan, de su oficina, increíblemente guapo (y joven). Ethan está borracho, su novia le acaba de abandonar y a Rachel le da pena dejarle así en la calle, así que le lleva a su casa para que pueda dormir la mona en su sofá.

Allí le deja, con un vaso de agua y aspirinas para la resaca, pero Ethan se despierta de madrugada sin saber dónde está, y al final la noche de San Valentín tiene un final que ninguno de los dos esperaba...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

[El Club](#)



Caroline está harta de citas cutres en Tinder y de desperdiciar sábados por la noche en tipos que no merecen la pena.

Cuando le cuenta su último desastre a Chloe, su compañera de oficina, ésta le da una tarjeta misteriosa, con un palabra grabada en ella: *Poison*.

La tarjeta es de un club de sexo, donde todos sus deseos pueden hacerse realidad...

El sábado siguiente, con un vestido nuevo, unos zapatos de ensueño y hecha un manojito de nervios, Caroline se planta enfrente de la puerta del club.

¿Se decidirá a entrar?

¿Será lo que ella esperaba, o será otro sábado por la noche desperdiciado...?

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *